

## El magisterio de Renán...

(Viene de la página 298).

todas las cosas; es la inteligencia, la divina curiosidad, la *filosofía*, lo que consigue extraer la miel invisible de la vida.

Se ha hablado mucho del sentido aristocrático de Renán. Para él, como para tantos otros, la biología humana tiene un fin de selección y jerarquía. Tiende a la formación del genio. Pero como cifraba esta depuración en la superioridad natural del espíritu, quería extraerla, como quinta esencia, de toda la masa y necesitaba el pueblo como término de compensación y punto de partida. Era demócrata para poder ser aristarca. Así en su invocación a Atenea no olvidaba implorarla con el nombre de «Democracia», como se lee en antiguas inscripciones. «Tú, cuyo dogma fundamental es que todo bien viene del pueblo, y que donde no hay pueblo para nutrir e inspirar al genio no hay nada, enséñanos a extraer el diamante de las muchedumbres impuras». Así como tuvo por la burguesía el desdén propio de todos los artistas, tuvo siempre una viva inclinación al pueblo. Pero su espíritu crítico, su incapacidad para todo entusiasmo práctico, le apartaron del proselitismo democrático de un Lamennais, porque no supo «cambiar una fe por otra». Opuestamente a la posición social de Lamennais, más aversión le producen todavía las falsas aristocracias de prelado suntuoso y elegante, a lo Dupanloup. Su apostasía se fundaba en la conciencia exquisita de la fidelidad.

Y nada más lejos de él que el miedo a las resonancias plebeyas de su actitud. «Me reprocho, a veces, haber contribuido al triunfo de M. Homais sobre su capellán. Pero ¿qué queréis? M. Homais tiene razón. Sin él todos seríamos quemados vivos».

La utopía de sociedad aristocrática, para Renán, se funda sobre una sed insaciable de libertad. No resisto a la tentación de copiar un pasaje significativo, que la reacción española de 1909 hizo servir como arma de combate desleal contra la escuela libre. «Una orden es una humillación; quien ha obedecido es un *capitis minor*, manchado en el germen mismo de la vida noble. La obediencia eclesiástica no rebaja; porque es voluntaria y puede uno separarse de ella... Yo no hubiera podido ser soldado; habría desertado o me hubiese suicidado. Temo que las nuevas instituciones militares, no admitiendo excepción ni equivalencia, nos conduzcan a un espantoso rebajamiento. Forzar a todos a la obediencia es matar el genio y el talento. Quien haya pasado años bajo las armas al estilo alemán ha muerto para las obras finas; por eso Alemania, desde que se ha entregado por entero a la vida militar, carecería de talento si no tuviese a los judíos, para los cuales es tan ingrata».

• •

Podemos imaginar toda la obra de Renán como un diálogo de Platón sobre el cristianismo. Alguien le ha llamado «último Padre de la Iglesia». Lo que no tiene duda es la visión personal de cristianismo que aportó al mundo. ¿Dónde encontrarle un precedente? Tan lejos estuvo de la sequedad ascética, o puritana, como del delirio místico. Ni Arnould o Nicole ni Pascal influyeron en su formación. Una altísima percepción poética le apartó del criticismo de los enciclopedistas, al propio tiempo que una profunda penetración teológica le mantenía libre de la sospechosa apología romántica a

la Chateaubriand, a pesar de la comunidad del origen bretón. Repitémoslo: Renán es la cúspide del clasicismo francés. Es un apolíneo, que incorpora la leyenda cristiana entre los mitos risueños de la Hélade, porque la emanación evangélica participa de la serenidad griega, y el mar de Tiberfades es una bahía de las Espóradas... «Según las reglas del Thenoé Atenea», quiso escribir «la vida del joven dios a quien sirvió en su infancia, y que cumplió un viaje sobre la tierra por orden de su padre Cronos, creador del mundo». La expresión evangélica «el reino de Dios» recobró en los labios de Renán su significado terrenal y directo: «Es preciso crear el reino de Dios, esto es, el ideal, dentro de nosotros».

Comparemos esa aclimatación helénica del cristianismo con la reacción inversa que otro espíritu produjo: me refiero a Nietzsche, el fuerte enemigo de Renán. Pero Nietzsche era un temperamento bárbaro, o mejor, tártaro, un neófito del paganismo, poseído del frenesí de su conversión. Renán era un apolíneo; Nietzsche un dionisiaco, ebrio de vino ritual. Renán era un optimista, lleno de serenidad. Nietzsche un pesimista, tumultuoso y vesánico. Pero ahondando un poco, quizá encontraríamos en la progenie bretona del uno y en la germano-eslava del otro interesantes revelaciones sobre el determinismo espiritual de las razas.

GABRIEL ALOMAR.

Madrid, 1923.

(La Nación, Buenos Aires).

## Un recuerdo y una hipótesis...

(Viene de la página 296).

vada, queda al estudio de los eruditos.

Simplemente he querido atraer la atención histórica sobre la obra docente del que fué nuestro ilustre huésped, y tender una hojeada hacia las costas del Caribe, pródigas en riquezas naturales y con indios que después de cuatro siglos de misiones capuchinas, pasean aún su desnudez por el lecho de un antiguo y maravilloso mar, con la absorta mirada de los idólatras.

LUIS BUENAHORA.

Barranquilla, 1923.

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

VIAJE DE ELISEO RECLUS A COLOMBIA.—OBJETO DE LA VISITA DEL SABIO.

L. C., noviembre 26: 1923.

Señor doctor Eduardo Santos

Estimado señor y amigo:

Quiero hacerle una glosa a un escrito publicado en la última entrega

## EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume

Antiséptico

Uselo usted

PÍDALO

en todas las BOTICAS

